

CAPÍTULO IX

LENGUA LATINA Y LENGUA ITALIANA.

Descansemos un momento de las miserias que acabamos de describir, y de las aun mayores de que tenemos que hablar, con el brillo de las bellas artes y la literatura: esta fué la gloria de aquel siglo; y fué bastante grande para deslumbrar tanto á la posteridad como á sus contemporáneos, para hacer olvidar los Leyva, los Medeghino y los Baglioni en presencia de Rafael, Miguel Angel, el Ticiano y Ariosto, y para que se llamase siglo de oro al de César Borgia y Carlos Quinto.

Ya hemos visto en el siglo anterior á Petrarca y á Boccaccio, después de los ejemplos señalados por Dante, volver á la lengua latina, tanto más cuanto que multitud de pedantes que habian llegado de la Grecia vencida, sin más medios de existencia que la enseñanza de las lenguas muertas, se esforzaban en sostenerlas con honor, entonces que su ineptitud para espresar las ideas de una civilización completamente cambiada se dirigía á destronarlos. Es verdad que la lengua latina era para los italianos una especie de gloria nacional que les recordaba aquellos tiempos en que los que nombraban sus abuelos dominaban sobre los bárbaros que entonces los oprimían. Les parecía, escribiendo puramente en el idioma de Ciceron, volver á una época en la que las mismas palabras se repetían en las tribunas para estender las ideas de libertad.

El fácil Roscre, que representó el siglo de Leon X bueno como él mismo, pero que no le conoció ni le dió á conocer, encuentra que los latinistas italianos no ceden á los contemporáneos de Augusto (1), este es tambien el parecer de Joviano Pon-

(1) Si mis juicios disienten con frecuencia de los de Tiraboschi, Quadrio, Corniani, Guinguené y otros no se atribuya á ignorancia de la materia, sino á gusto; y el que quiera rebatirme, no se contente con citar autoridades ajenas.

tano. Pero su juicio no es más verdadero en esto que cuando llama al Boyardo un gran poeta, y dice que la *Arcadia* de Sannazar sobrepuja á todo lo que la Italia vió producir hasta entonces; ¡á la Italia, madre de Dante! Es de todos modos cierto que se encuentran en este pais los mejores latinistas, en una época en que habia tanto más mérito en escribir con pureza el latin, cuanto que carecian de buenas gramáticas y diccionarios, teniéndose que buscar á fuerza de trabajo, las palabras y frases que se necesitaban. El primer vocabulario que merece ser mencionado fué publicado por Ambrosio Calepio en Reggio, en 1502. Fué aumentado sucesivamente hasta la edición de Basilea en 1581, en la cual comprendió once lenguas.

Impresores.—Era necesario, en la época en que no habia diccionario, que los impresores no fuesen sólo obreros y mercaderes, sino hombres enteramente eruditos; tales fueron en efecto Froben y Oparino en Suiza; Cristóbal Plantin en los Países Bajos; otros varios en Paris pero sobre todo Roberto, Enrique, Carlos y Pablo Etienne (2). Roberto, el más célebre, sabia tambien el hebreo; añadía notas y prefacios á las ediciones de los clásicos, y corregía sin descanso su *Thesaurus lingue latinæ*. De Thou, llega hasta decir que contribuyó más á immortalizar el reinado de Francisco I que los más brillantes hechos de aquel príncipe. Incansable en la corrección de las pruebas, pudo llegar al resultado, apenas creible, de no cometer más

(2) José y Conrado Badio, Gil Gourmont, Felipe Pigouchet, Conrado Neobar, Dionisio Janot, Simon de Colines, Adriano Turnebe, Guillermo y Federico Morel, Bienné, Cristiniano Wechel, Mamerto, Patisson, Miguel Vascosan. Véase RENOARD, *Anales de la imprenta de los Etienne*. Paris, 1837 y 38.

que una falta en la biblia en latin, y cuatro en la escrita en griego. Habia tambien emprendido un diccionario de este idioma, que fué publicado por Enrique Etienne. Las palabras no están allí dispuestas por orden alfabético, sino segun las raices y significacion; método más racional aunque menos cómodo.

Aldo el Mayor habia escrito sobre la puerta de su estudio: «Si no quieres nada, despáchate y vete prontamente, á menos que no vengas á prestar tus hombros como Atlas á Hércules cansado; en esta casa siempre habrá que hacer para tí y para todo el que venga.» Formó una reunion llamada *Aldi Neacademia*, para hablar de literatura, elegir las obras que habia que imprimir y las lecturas que preferir. Hombres de mucha paciencia, ya que no de gran talento, se consagraban á publicar y á ilustrar los antiguos: tales fueron Escaligero, Lipsio y Casaubon; se le deben tambien á Pedro Vettori (1499-1585) excelentes ediciones y algunas traducciones de clásicos. Antonio Maria Conti, llamado Mayoragio (1555), que reanimó la elocuencia en Milan, donde instituyó las *Trasformati*, compuso multitud de obras de erudicion, y combatió las paradojas de Ciceron, lo que le valió una guerra furiosa por parte de Marcos Nizolio (1498-1576), autor del *Thesaurus Ciceronianus*. Acusado de irreligion ante el senado de la ciudad por haber tomado el nombre de Marco Antonio, Conti se escusó diciendo que por falta de ejemplo de un Antonio Maria entre los clásicos, no hubiera podido escribir su nombre en un latin puro. La excusa valia la inculpacion.

Pero lo ridículo de aquellos eruditos, era amar todo lo de la antigüedad, hasta sus cosas malas y sus escorias. Hubieran querido anonadar hasta su propia personalidad, para hacerse una máscara á la griega y á la romana. Pablo Manucio y otros escuian toda espresion que no era de Ciceron, no admitiendo siempre las de sus amigos. Como no hay raza más querellosa que la de los pedantes, á cada momento se empeñaban batallas, en la que toda la república de las letras llegaba á las manos: entre Policiano y Bartolomé Escaligero entre los florentinos y los napolitanos, siempre por palabras. Es verdad que aquella polémica producía indagaciones sobre la antigüedad; pero aparecía en ellas más buena voluntad que crítica y sólida erudicion. No se trataba de estudiar el latin para enriquecer el italiano, sino se pretendía todo lo contrario, que era indigno de las ciencias; y en la coronacion de Carlos Quinto, Rómulo Amaseo sostuvo en una arenga pronunciada delante del papa y del emperador, que era preciso abandonarla á los frutereros, y al vulgo de donde procedía su nombre. Pero no siendo ya el latin el idioma en que se pensaba, resultó un deplorable divorcio entre la idea y las palabras, y una disposicion á estudiar la frase y el estilo, además de lo natural. De aqui procede se encuentren en el mismo italiano períodos combinados artificialmente, y las trasposiciones inopor-

tas; de aqui tambien las descaradas adulaciones atendido á que era un arte el escribir, y no una manifestacion del pensamiento; de aqui igualmente una medida pedantesca hasta en el estilo epistolar y doméstico, y el aire pomposo y cortesano que pertenece á la época.

Sin embargo, estos escritores latinos formaban una república literaria europea, poderosa por aquella misma lengua y por la unidad, como si hubiesen querido oponerse con su acuerdo al predominio universal de la fuerza. No aparecía una obra, en la que el frontispicio no estuviese adornado con una guirnalda de epigramas y testimonios aduladores, que no tenian nada más ridículos que los que se compran en el dia al periodismo con dinero contante, ó lo que es peor, aun con humillaciones; los aduladores se creian felices con sacar á luz sus nombres desconocidos en una falange.

La poesia latina fué cultivada de una manera notable por Sannazar, Fracastor, Flaminio y Vida. ¡Con qué ternura no dirige Jacobo Sannazar á su patria su despedida, cuando sigue desterrado voluntario á Federico II, último vástago de la familia real de Nápoles, después de haberlo vendido todo para proveer las necesidades de su protector prisionero! (3) Su poema *De partu Virginis* (1522) respira elegancia, estremada pureza, armonia virgiliana, aunque choque encontrar aquellas ninfas, aquellos Proteos y aquellos Febos mezclados con los más venerables dogmas. Por esta razon es por la que se ven figurar en su sepulcro á Apolo y Minerva, faunos y ninfas en una iglesia cristiana. Vida de Cremona, compuso con facilidad un *Arte poético*. En el *Juego de ajedrez* (1527) y en el *Gusano de seda* (1537), hizo frente á la dificultad de los preceptos áridos que el latin no debia ya dejar de oír. Infundió una verdadera piedad en la *Cristiada* (1535), obra pura de todo adorno profano, y en la que sacó mejor partido de su asunto que Sannazar; cuya dulzura y dignidad no iguala con mucho.

Jerónimo Fracastor (1483-1553), para quien la musa no era más que una distraccion en medio de

(3) *Parthenope mihi culta vale blandissima siren;
Atque horti valeant, hesperidesque tuae;
Mergillina vale, nostri memos; et mea flentis
Serta cape, heu domini munera avara tui.
Materna salvete umbra, salvete paterna;
Accipite et vestris thurca dona focis.
Neve mega optatos, virgo Sebethias, amnes;
Absentique tuas det mihi somnus aquas.
Det fesso astivas umbras sopor, et levis aura.
Fluminaque ipsa suo lenè sonent strepitu;
Exitium nam sponte sequor. Sors ipsa favebit.
Portibus hæc solita est saepe et adesse viris.
Et mihi sunt comites musa, sunt numina vatum;
Et mens læta suis gaudet ab auspiciis.
Blanditurque animo constans sententia, quamvis
Exilii meritum sit satis ipsa fides.*

estudios más severos, eligió un tema extraño en la *Stylis*; pero supo poniendo por obra su doble habilidad como médico y como poeta, ennoblecerla con hermosas digresiones y paliar lo que el asunto pudiese tener de repugnante, como también las perífrases contorneadas y la aridez didáctica. Siempre armonioso, está sin embargo muy distante de la suavidad de número y de la sobriedad de Virgilio.

Navagero tenía tanto odio á las argucias y afectaciones de Marcial, que quemaba todos los años en hecatombe á las musas, todos los ejemplares que encontraba de aquel poeta. Fracastor dió su nombre á un diálogo sobre la poesía, en el que haciéndose superior á los preceptos mezquinos, coloca la esencia en lo ideal, como lo hace una escuela filosófica muy reciente.

Sadoleto escribió con un estilo muy puro y sin afectación; Pedro Bembo, con magnificencia. Pedro Angelio Bargeo, compuso en latín la *Caza con perros y con liga*, así como la *Siriada* ó las *Cruzadas*. Marcelo Palingenio (*Zodiacus humanae vitae*) reprobó con acritud en versos menos bellos que las ideas, la corrupción del clero. Basilio Zanchi, de Bérgamo, hábil poeta latino, murió prisionero de Pablo IV. Citaremos además los tres hermanos Capilupi y los cinco Amaltei, *Egregii fratres quos Julia terra superbit*; y Andrés Maron de Brescia, improvisador, comparado por el Ariosto á su homónimo antiguo, y que murió de hambre cuando el saqueo de 1527. Juan Aurelio Augurelli, que hizo homenaje á Leon X de su *Crisopeya* ó arte de hacer el oro, recibió en cambio de este pontífice una bolsa para poner el que tuviera. Francisco Arsilli, en su elogio *De poetis urbanis*, prodiga elogios á más de cien poetas latinos, que vivían en Roma en tiempo de Leon X, y son comparados por sus contemporáneos á los más ilustres.

Julio César Escaligero (1484-1558), natural de Verona, es el primer moderno que en su *Póttica*, libro sin límites, ha pensado en reducir el arte de los versos á sistema, citando numerosos ejemplos. En su paralelo entre Homero y Virgilio, se conoce al hombre de gusto más bien que al de genio. Preocupado por su amor á la elegancia más que por el sentimiento de la fuerza, da siempre la preferencia á Virgilio sobre el poeta griego, como á la belleza delicada y acicalada, á la inculta hija de las montañas; pero lo que es aun peor, prefiere á Homero, Museo, el autor de *Hero* y *Leandro*. Creó también á Horacio y á Ovidio superiores á los griegos, y sostiene con mucho arte una tesis que considerada en detalle, no es siempre una paradoja. Pasa también revista á los modernos, entre los cuales da la palma á Fracastor, y los lugares siguientes á Sannazar y á Vida.

Otros eruditos adaptaban las formas y el lenguaje antiguo á las cosas nuevas, queriendo hablar como los antiguos; pero vivir con vida propia, comentar menos y escribir más. Colocaremos entre

estos á los historiadores, los filósofos, y á los que trataban las cuestiones de la época, escritores á quienes abrió la reforma un estenso campo. Habiendo pasado á España en 1488, el milanés Pedro Martir de Anghiera, escribió allí, hasta 1525, ochocientos trece cartas sobre los hombres y los acontecimientos contemporáneos (4). Aprueba la inquisición y la intolerancia; adivina la importancia de la reforma apenas nacida, describe perfectamente las facciones de Florencia, la batalla de Pavía, y dice al hablar de la libertad de los americanos: «No se ha podido encontrar hasta ahora ningún acomodo. Los dos derechos, el natural y el pontificio, establecen que todo el género humano es libre; el derecho imperial distingue, el uso parece que arrastra algunas consecuencias contrarias. La larga experiencia quiere que los que por naturaleza se inclinan á vicios abominables no sean libres. Dominicos y franciscanos descalzos que han permanecido mucho tiempo en aquellas comarcas, creen que nada conviene menos que dejarlos dueños de sí mismos (*Carta 806*).» Se ve que sabía salir de la inutilidad, que es el carácter del mayor número. Sobre todo, los alemanes se ocupaban en escribir los menores detalles de su vida, no tanto por egoísmo y por la necesidad de desahogarse en confianzas, como para hacer ver que sabían espresarse, en la lengua latina, en frases convenientes y redondeadas.

Erasmo.—De entre ellos surgió como un gigante Erasmo (1467-1536), hombre de viva concepción, de grandes estudios, de un buen sentido continuo, observador penetrante más que profundo pensador. Nacido de una unión amorosa en Rotterdam, fué educado en la escuela de Deventer y ordenado sacerdote; dió lecciones particulares en París, y desde allí fué á estudiar teología á Lovaina; vivió mucho tiempo en Italia, como preceptor del arzobispo de San Andrés y corrector de Aldo; Enrique VIII le llamó á Inglaterra; Carlos Quinto le nombró consejero en los Países-Bajos; y en fin, murió en Basilea. Sus *Adagiorum chiliades*, en las cuales reunió las palabras, las sentencias, los diferentes proverbios, para dar á conocer por su conjunto la civilización antigua, manifiestan gran conocimiento de la literatura griega y latina: sazona comunmente con observaciones filosóficas y literarias muy útiles sus esplicaciones filológicas. Se muestra en esta obra, y aun más en el *Elogio de la locura*, observador moral lleno de sagacidad; y se acuerda ó se sirve de la *Barca de los locos* de Brandt, y lo hace como un hombre que ha visto por sí mismo.

Los envidiosos, que describió tan bien en el *Escarabajo* (5), se esforzaban por poner á su nivel á

(4) Véase el Libro XIV, pág. 67.

(5) «Hay hombrecillos, ínfimos, maliciosos, negros como el escarabajo, fétidos como él, y no menos abyectos, pero perseverantes y que pueden dañar á los grandes sin

Budeo, mejor helenista tal vez que él; pero la posteridad se ha pronunciado en favor de Erasmo. Amplificador, con frecuencia enfático, lleno su estilo de arte, siempre cáustico hasta el punto de estimular las facciones, en lugar de calmarlas como lo pretendía, Erasmo zahería al clero y á los príncipes, es decir, á los pequeños, tan numerosos en Europa, y sobre todo á los de Alemania (6); porque por lo demás adulaba á los poderosos, á quienes tuvo después él por cortesanos y aduladores. Estaba en correspondencia con Enrique VIII, Carlos Quinto, Francisco I y Maximiliano de Sajonia; recibía testimonios de admiración de Bembo, Sadoleto, Tomás Moro, Melanchthon, Ulrico de Hutten, Julio II y su sucesor, era recibido en las ciudades con arcos de triunfo, y si se dirigía una carta al príncipe de los estudios, al jefe supremo de las letras, al vengador de la teología, á él se la mandaban sin titubear.

Cierto de que cada una de sus palabras sería un oráculo, burlándose de todos sin haberse burlado nadie de él; distribuyendo la inmortalidad, *dejando lo que tocaba*, según la espresión de Tomás Moro, pareció un gigante cuando todos estaban sentados. Pero cuando se oyó la voz de Lutero, se amotinaron contra aquel rey de la fama, que fluctuando entre las opiniones de los demás y las suyas propias, no supo tomar partido entre los cató-

licos, á quienes había perseguido, y los innovadores que le disputaban el trono.

En otra parte hablaremos de su influencia en relación con la reforma, y considerándole aquí solamente como literato, diremos que aniquiló á los pedantes cuya turba hacía la guerra á los mejores filólogos. En su *Ciceronianus* ridiculizó las elegancias amaneradas de los latinistas, manifestando como se cometían yerros á pesar de los escrúpulos que tenían para permanecer en el purismo. «Colocad, dice, vuestro primero y principal cuidado en penetraros bien del asunto que queréis tratar; cuando esteis bien enterados de él, las palabras se os ocurrirán abundantemente; los sentimientos verdaderos y naturales saldrán de vuestra pluma. Entonces aparecerá vuestro estilo lleno de calor y vida; arrebatará al lector, y dará una imagen fiel de vuestro talento; lo que añadáis por imitación se unirá á lo que os es propio.» No se trataba, pues, solamente de una cuestión de palabras, sino de la que divide perpétuamente á los hombres de erudición y á las personas de gusto, los que buscan lo sólido y los que viven de lo brillante. Tenía razón Erasmo de tronar contra éstos últimos, que no se dedicaban á nada útil para la literatura, y cuya manía engendró el continuo estudio de las palabras, azote después de la Italia.

Lengua italiana.—La preeminencia concedida al latín hacia que los italianos descuidasen su idioma. Habían dejado de escribirlo, y cuando se reanimó, su estilo fué afectado y pretencioso; sin análisis y claridad, se habló bien, como se habla cuando se va unido á su madre. Cuando más tarde concedieron cuidado y estudio, aparecieron gramáticas (7) y se dedicaron á discusiones sofisticadas sobre la naturaleza y costumbres de un idioma que se había empleado con tanto gusto en el siglo anterior.

Es de notar que los italianos, cada vez que se vieron en la desgracia, y en cuanto terminaron las cuestiones políticas, emprendieron otras sobre el idioma, como protesta de aquella nacionalidad que querían arrancarles. Cuestionaron primero sobre su nombre; Trissino y Muzio querían que fuera italiana; Varchi y Bembo, florentina; Barga-gli, y Bulgarini, sienesa; Claudio Tolomei (8), tos-

(7) La primera que conocemos es de FORTUNIO. *Regole grammaticali della volgar lingua*. Ancona, 1516.

(8) Salviati en los *Avvertimenti della lingua*, II, 21, se muestra irritado contra Muzio, Trissino y demás escritores extranjeros «que (dice) pronunciando sus idiomas de tal modo, que es imposible escribir las palabras ni oírlos hablar sin reirse, se burlan de nuestra pronunciación, y... condenan en nosotros la virtud que no tienen esperanza de alcanzar nunca... A todo lo que han dicho contra nuestra lengua, hubiera bastado responderles, que nada proponen, que nada prueban, que jamás nombran un escritor que no sea florentino. Motejan nuestra habla; ¿y á quién citan? á Boccaccio. ¿De dónde es natural? De Triboli. Desprecian

ser buenos para nada. Espantan con su negrura, aturden con su zumbido y fastidian por su olor; andan á vuestro rededor, se adhieren á nosotros y permanecen sin dejarnos. Hay vergüenza en vencerlos y nos mancha el triunfo.»

(6) *Quin omnes et veterum et novercorum annales evolvo, unum ita comperies, vix saeculis aliquot unum aut alterum extitisse principem, qui non insigni stultitia maxima perniciem invexerit rebus humanis... Et haud scio an nonnulla hujus mali pars nobis ipsis sit imputanda. Clavum navis non committimus nisi ejus rei perito, quod quator rectorum aut paucarum mercium sit periculum; et rempublicam, in qua tot hominum millia periculantur, cuius committimus. Ut auriga fiat aliquis, discit artem, exercet, meditatatur; at ut princeps sit aliquis, satis esse putamus natum esse. Atqui recte gerere principatum, est munus omnium longe pulcherrimum. Deligis cui navem committas, non deligis cui tot urbes, tot hominum capita credas. Sed istud reaptus est quam convelli possit.*

An non videmus egregia oppida a populo condita, a principibus subvertita? rempublicam civium industria ditescere, principum rapacitate spoliari? bonas leges ferri a plebeis magistratibus, principibus violati? populum studere paci principes excitare bellum?

Miro studio curant auctores ne anquam vir sit princeps. Admituntur optimates, ii qui publicis malis saginantur, ut voluptatibus sit quam effeminatissimus, ne quid eorum sciat que maxime decet scire principem. Excurrunt vici, vastantur agri, diripiuntur templa, trucidantur inmeriti cives, sacra profanaque miscentur, dum princeps interim otiosus ludit aleam, dum saltitat, dum oblectat se morionibus, dum venatur, dum amat, dum potat. O Brutorum genus jam olim extinctum! O fulmen Jovis, aut caecum aut obtusum! Neque dubium est quin isti principum corruptores penas Deo datur sint, sed sero nobis.

cana; y se escribieron sobre esto multitud de libros, cuando el mejor medio de resolver la cuestión hubiera sido producir en aquella lengua alguna cosa digna y elevada. Después Giambullari en el *Gello* se empeñó en traer su origen de la lengua etrusca (que es desconocida) con mezcla de hebreo y arameo; Celso Cittadini, por el contrario, la suponía existente en los tiempos de la Roma antigua, y todos alegaban buenas razones, pues no era de esperar que sus escasas nociones de filología comparada les permitiesen llegar hasta el punto de distinguir la maternidad de la fraternidad. Baltasar Castiglioni dijo en la materia cosas razonables, pretendiendo que el idioma era florentino, pero compuesto de palabras «propias, escogidas, brillantes, bien adaptadas, y sobre todo usadas por el pueblo;» combinándose con una «pureza desdeñada, en extremo grata á los oídos y á las almas de los hombres.» (9) Firenzuola decía: «He empleado siempre aquellas voces y aquel modo de hablar que son de un uso diario, gastando las monedas que corren y no la plata pulimentada;» Davanzati sostiene que «en cada lengua es excelente lo que

nuestra manera de escribir: ¿y á quién elogian? á Petrarca. ¿Dónde nació? en Vicenza. Quieren quitarnos nuestro idioma ¿y á quién acuden? á Dante. ¿De dónde era? De Bér-gamo. Se quiere aprender la lengua en las obras de los escritores. ¿Quiénes son estos escritores? Dante, Petrarca y Boccaccio. ¿En qué lengua escribió Boccaccio? Según él mismo dice, en el idioma vulgar de Florencia. Este es incorrecto. ¿Quién lo dice? Dante. ¿En qué idioma compuso Dante su poema? Pero si Dante despreciaba su idioma, ¿por qué escribió en él las cuestiones del *Convivio*? ¿Por qué la alabó tanto en aquella obra? ¿Por qué no la escribió en la lengua vulgar florentina ni en ninguna de las demás, que censura en el libro de la *Volgar loqueta*; sino en el idioma vulgar ilustre, recogido en las cortes, y entresacado de toda Italia? ¿En cuál de los citados idiomas vulgares escribió la *Comedia*? En el ilustre. ¿En qué ciudad de Italia, fuera de Toscana, se usan veinte palabras de las de su poema? Y al revés. ¿Se encuentran en éste veinte palabras que no sean de uso corriente en Florencia? ¿Qué nuevo lenguaje, qué mezcla inaudita, qué centauro, qué quimera, que monstruo sería, suponiendo pudiese existir, el que formase de la mezcla de vocablos de casi treinta lenguas distintas? ¿Dónde y cuándo se ha visto jamás un escrito de esta clase, ó cómo pudiera llamarse lengua una cosa por el estilo, si no se da tal nombre á la que no se habla ó no se ha hablado algún tiempo por un pueblo? ¿Quién sería el que la entendiera medianamente? ¿Dónde habría de residir, á dónde acudir para la propiedad de las voces? Si este idioma está esparcido por toda Italia, ¿cómo es que solo nuestra ciudad la regula? ¿Por qué únicamente en ella se encuentran los escritos de mas autoridad, no teniendo en la boca otros nombres que los de Dante, Petrarca, Boccaccio, Villani y demás autores florentinos? ¿Y de qué modo maravilloso anduvieron nuestros autores toda su vida recorriendo la Italia, para tomar cien voces en la Romaña, trescientas en las ciudades de Lombardia, otras tantas en Nápoles y su reino, y finalmente diez en tal pais y cuatro en tal aldea? ¿Qué fatiga, qué esfuerzo, qué miseria debió ser la suya en aquella época!»

(9) *Il Cortigiano*, edición de los clásicos, tom. II, 52.

el uso ha admitido;» lo mismo sostuvieron Maquiavelo con razones, y todos los buenos escritores con hechos.

Sin embargo, estas disputas se renovaban de tiempo en tiempo, como si se quisiese dar á entender á los extranjeros y hasta á los mismos italianos, que éstos se entretenían en discutir acerca de las palabras, en lugar de ocuparse en las cosas; que preparaban la tela en vez de pintar. Además, como sucede siempre, así los contradictores como los apologistas creyeron razones las villanías; no se elevaron nunca á lo que constituye la esencia de los idiomas, á la comparación con lo que se ve en los otros países, y por un bajo espíritu municipal, negaron la preeminencia á los toscanos, aquellos mismos que andaban á caza de elegancias toscanas para parecer buenos escritores.

Trissino propuso en la ortografía una innovación que consistía en diferenciar la *i* de la *j*, la *u* de la *v*; en adoptar la *f* en lugar de la *ph*, la *z* en vez de la *th*, y emplear la *η* y la *ε*, la *ο* y la *ω* griegas para marcar la diferencia entre las vocales. Desgraciadamente ensayó esta ortografía en un poema que no tenía mérito; y como no era toscano, cometió algunos errores en la aplicación, lo que fué causa de que se burlasen de él (10). Sin embargo, algunas de estas innovaciones prevalecieron; las demás se desean aun.

Aunque surgiesen algunos que contradijesen el uso de dar alteza, excelencia ó señoría á las personas á quienes se dirigían; estas fórmulas de etiqueta que se habían introducido por la vanidad española, permanecieron á despecho del buen sentido (11).

(10) Especialmente Firenzuola.

(11) Caro decía á Bernardo Tasso: «...Es cosa resuelta para mí, que ya que se han introducido las *Señorías*, entre ellas pueda usarse el *Vos* cuando acomode, pues no creo que desmerezcan por ello, tanto más, cuanto que el reverendísimo Bembo, que la tiene y la da de continuo, hace la mezcla que decís. Además de que la autoridad de varon tan insigne puede por sí sola servir como ley inviolable, pareceme que la acompaña también la razón; pues en mi dictámen, *vuestra señoría, vuestra liberalidad, vuestra gentileza*, no son más que un modo mismo de expresarse. Ahora bien, si después de *vuestra gentileza* puede usarse el *vos* (por qué no después de *vuestra señoría*? En cuanto á mí, no me cabe la menor duda. Y como creo conveniente que en el particular haya la mayor latitud posible, por eso no quisiera que se pusiese en tela de juicio el ejemplo de monseñor Bembo, alegando el escrúpulo que decís, de que *pudiera ser que sus cartas no estuviesen impresas de una manera auténtica*. No encontraría ningún obstáculo en dirigirme á un señor, por grande que fuese, llamándole al principio y quizá en el medio por su título, v. gr. *sacra majestad, ilustrísimo señor, reverendísimo monseñor*, y empleando el *vos* enseguida; con lo cual no creería quitarle nada del honor ni del respeto que le da el título, cuando viese que vosotros hacíais lo propio. En las obras de alguna extensión estoy resuelto á obrar así, imitando á los autores antiguos y á los modernos que han escrito en nuestro idioma, no en el latino, como alegais; pues á esto tí-

Boccaccio fué por los puntos que menos merecen ser imitados en él la regla de los que pretendieron enseñar la lengua, olvidando demasiado la casta sencillez de sus predecesores. Pedro Bembo (1470-1547), á quien se apellidó señor del idioma, usó más sutilezas que Boccaccio; se servía de cuarenta carteras, á las que hacia pasar sucesivamente sus escritos á medida que los corregía; así es, que sus admiradores decían que había manifestado por este hecho, que se podía escribir con pureza el italiano sin haber nacido en las orillas del Arno. El ejemplo, en todo caso, no era bien elegido, porque Bembo no descendía nunca de su trípode para expresarse con naturalidad, lo que constituye precisamente el mérito y la ventaja del que se sirve de su lengua nativa; se le ve, por el contrario, escribir con cuidado hasta sus cartas, en las que intercala algunas frases de otros autores, períodos que no tienen fin, y frecuentes textos latinos sin manifestar nunca la menor energía. Con iguales esfuerzos se puede conseguir el mismo resultado; así es que no careció de imitadores entre tantos como buscaban, menos lo que tenían que decir que el modo cómo lo debían decir. Llegaron hasta á establecer una cátedra de italiano por Diomedes Borghese, que pretendió haber adquirido en cuarenta años de estudios el título de árbitro y regulador del idioma toscano.

Quando sucumbió la libertad de Florencia, se dirigió la atención particularmente á las reglas del lenguaje, es decir, que se pensó en escribir bien cuando cesaron de hacerlo los grandes escritores: este fué el único objeto que se propuso la academia establecida en aquella ciudad por Cosme I. Los miembros de aquella academia se dedicaron,

pero, á leer disertaciones sobre un soneto, un verso, ó alguna espresion clásica, y sobre todo á Petrarca; y como cada uno quería tener un exordio, una peroracion de conveniente longitud, se concibe qué diluvio de vanas palabras debía resultar en un siglo tan hablador. Pensó el duque prudentemente que sería ventajoso para la lengua ejercerla en traducciones; en su consecuencia, recomendó varias á aquellos académicos. A Segni se le encargó Aristóteles, á Varchi, Boecio; Salviati tuvo la misión de preparar una edición de Boccaccio, cuya lectura no fuese peligrosa; lo que le produjo los mismos disgustos que al pintor Braghettono.

Ya se había formado en aquella academia un partido que se llamaba el partido de los arameos, porque pretendía hacer proceder el italiano de la lengua hebrea. Después algunos académicos, como Juan Bautista Dati, Antonio Francisco Grazzini, Bernardo Canigiani, Bernardo Zanchini y Sebastian Rossi, hicieron el cisma, fatigados de las sutilezas y quinta esencia, para unirse á otras reuniones llamadas *stravizzi* (francachelas). Allí reunidos en un sitio agradable, desterraban el fastidio con ayuda de conversaciones graciosas y delicadas comidas. Pedro Salviati, que había sido admitido, solicitó se diese á la reunion un objeto más noble, sin escluir la alegría originaria. Formaron en su consecuencia una academia nueva que llamaron por chanza de la Crusca (salvado). Tomaron por emblema el cedazo, por asientos canastas de pan puestas boca abajo, para el trono del archicónsul tres piedras de molino, y cada uno adoptó nombres en relacion con estos símbolos tales como el Enharinado, el Amasado, el Ensacado, etc., y Grazzini quiso conservar su nombre primitivo de Lasca (gobio) en atención á que se reboza en harina este pescado para freirlo.

Continuaron de aquella manera entregándose á una charla vaga, hasta que emprendieron la tarea de compilar el *Diccionario de la Crusca*, espanto de los pedantes, burla de las gentes frívolas, admiración de los que conocían el objeto y la utilidad. Era el primer diccionario que se había hecho de una lengua viva. Aunque persuadidos de que el idioma de una nacion es un dialecto elevado á la categoría de la lengua escrita, y que ningun otro, en Italia, era más digno de este honor que el florentino, los académicos no se contentaron (como los de Paris con su diccionario) con dar todas las palabras del lenguaje toscano, sino que las apoyaron además con ejemplos. Duraba aun el tiempo de la autoridad; los filólogos, en busca del valor de las palabras latinas, no tenían para decidir mas que ejemplos escritos; la dilucidación de los clásicos era el objeto de gran número de obras. Multitud de academias se ocupaban de ellos, sobre todo en Florencia. Los *cruscanti* justificaron, pues, con textos cada una de las palabras adoptadas con sus diferentes significaciones, con la idea de que de esta manera darían autoridad á los términos indicados, é ilustrarían el sentido de los autores.

pero, á leer disertaciones sobre un soneto, un verso, ó alguna espresion clásica, y sobre todo á Petrarca; y como cada uno quería tener un exordio, una peroracion de conveniente longitud, se concibe qué diluvio de vanas palabras debía resultar en un siglo tan hablador. Pensó el duque prudentemente que sería ventajoso para la lengua ejercerla en traducciones; en su consecuencia, recomendó varias á aquellos académicos. A Segni se le encargó Aristóteles, á Varchi, Boecio; Salviati tuvo la misión de preparar una edición de Boccaccio, cuya lectura no fuese peligrosa; lo que le produjo los mismos disgustos que al pintor Braghettono.

Ya se había formado en aquella academia un partido que se llamaba el partido de los arameos, porque pretendía hacer proceder el italiano de la lengua hebrea. Después algunos académicos, como Juan Bautista Dati, Antonio Francisco Grazzini, Bernardo Canigiani, Bernardo Zanchini y Sebastian Rossi, hicieron el cisma, fatigados de las sutilezas y quinta esencia, para unirse á otras reuniones llamadas *stravizzi* (francachelas). Allí reunidos en un sitio agradable, desterraban el fastidio con ayuda de conversaciones graciosas y delicadas comidas. Pedro Salviati, que había sido admitido, solicitó se diese á la reunion un objeto más noble, sin escluir la alegría originaria. Formaron en su consecuencia una academia nueva que llamaron por chanza de la Crusca (salvado). Tomaron por emblema el cedazo, por asientos canastas de pan puestas boca abajo, para el trono del archicónsul tres piedras de molino, y cada uno adoptó nombres en relacion con estos símbolos tales como el Enharinado, el Amasado, el Ensacado, etc., y Grazzini quiso conservar su nombre primitivo de Lasca (gobio) en atención á que se reboza en harina este pescado para freirlo.

Continuaron de aquella manera entregándose á una charla vaga, hasta que emprendieron la tarea de compilar el *Diccionario de la Crusca*, espanto de los pedantes, burla de las gentes frívolas, admiración de los que conocían el objeto y la utilidad. Era el primer diccionario que se había hecho de una lengua viva. Aunque persuadidos de que el idioma de una nacion es un dialecto elevado á la categoría de la lengua escrita, y que ningun otro, en Italia, era más digno de este honor que el florentino, los académicos no se contentaron (como los de Paris con su diccionario) con dar todas las palabras del lenguaje toscano, sino que las apoyaron además con ejemplos. Duraba aun el tiempo de la autoridad; los filólogos, en busca del valor de las palabras latinas, no tenían para decidir mas que ejemplos escritos; la dilucidación de los clásicos era el objeto de gran número de obras. Multitud de academias se ocupaban de ellos, sobre todo en Florencia. Los *cruscanti* justificaron, pues, con textos cada una de las palabras adoptadas con sus diferentes significaciones, con la idea de que de esta manera darían autoridad á los términos indicados, é ilustrarían el sentido de los autores.

Pero como toda la lengua no se encuentra en los autores, y si solo la menor parte, los cruciantes pusieron á contribucion los escritos en que abundan por lo comun, los términos de uso familiar, como los libros de cuentas, los borradores, y otros papeles domésticos. Se hizo más, y algunos emprendieron componer obras con el objeto preciso de insertar en ellas palabras de que carecian los ejemplos escritos. De este número fueron la *Fiera* y la *Tancia* de Buonarroti. ¿No hubiera sido más breve componer el catálogo de las mismas palabras tales como las pronunciaba el pueblo? Nosotros lo creemos así; y según nosotros es una hermosa tarea reservada aun á algun toscano deseoso de ofrecer, no un vocabulario numeroso al alcance de un pequeño número, sino un libro usual, asequible á todos. Tal como fué sin embargo hecho por los académicos, el diccionario tiene el mérito muy importante de la época, de explicar los clásicos. Todos los que contribuian con sus conocimientos eran toscanos, es decir, que habian descrito en dialecto toscano, aunque nacidos en otras partes, como Ariosto y otros muchos, y como todos procuran aun en el día hacerlo.

Se ha dirigido con tal motivo una grave acusacion á los autores de diccionarios, cual si quisieran hacer aparecer como mérito municipal el escribir bien, al paso que se citan honrosísimas excepciones. Pero cuando el milanés ó el napolitano escriben sobre asuntos serios, ¿emplean acaso el dialecto de sus patrias respectivas? ¿Es posible que un francés escriba bien el italiano? ¿y habrá de inferirse de ahí que en el vocabulario deban citarse tambien ejemplos de los autores franceses? Los buenos escritores lombardos y napolitanos ¿no han aprendido de los autores que han tratado de acercarse al idioma toscano? Y si alguno de ellos escribe en la lengua materna, ¿se calificará su estilo de bueno? Oigase, por el contrario, al toscano más inculto, hágansele meras correcciones ortográficas, y se tendrá un italiano, incorrecto quizá en cuanto á la gramática, insulso por lo que respecta al estilo, pero puro y propio. Esta, en mi sentir, es la única solucion capaz de cortar las disputas, perpetuadas por aquellos que, movidos de ruines envidias municipales, niegan á los toscanos una indisputable gloria, si bien, al mismo tiempo que se la niegan de palabra, en el hecho procuran imitarlos; y pretenden convertir el idioma en un no sé qué de áulico y cortesano, ó limitarlo á las obras de

autores muertos; mientras que si quiere llamarse y ser vivo, necesita hablarse por todos, favorecer el curso de las ideas, vestir los nuevos pensamientos. Fuera del pueblo no existe progreso.

Los académicos se equivocaron con frecuencia en la interpretacion de los autores: no hicieron siempre uso de textos correctos, aunque es cierto que se propusiesen tambien libertarlos de las faltas; no registraron tampoco una á una todas las palabras de aquellos autores. Dieron por usual lo anticuado, por comun lo que se referia á una época ó lugar determinado; hasta insertaron errores y alteraciones, procedentes de una mala pronunciacion, á fin de explicar los textos. Carecian sobre todo de una gramática, porque esta ciencia estaba aun en la infancia en aquella época; no tenian tampoco critica, arte que habia nacido entonces. De aquí procedian verdaderos errores, que confesados por ellos mismos en su prefacio, han sido reparados en parte en las ediciones sucesivas; quedan no obstante bastantes para dar amplia y fácil materia á los que han querido señalar y suplir las omisiones. Las notas llenas de sensatez y agudeza que Tassoni hizo sobre el diccionario, cuando apenas acababa de aparecer, son una mina fecunda que se debe consultar; y es más aguzada su critica que lo que se podia esperar de un académico. Benito Fioretti, natural de Pistoya (que, formándose un nombre con tres diferentes idiomas, se tituló Udeno Nisieli, es decir, hombre que no era de nadie si no es de Dios), añadió numerosas notas muy juiciosas al margen del vocabulario de la Crusca; y aquel ejemplar, comprado á subido precio, fué muy útil para las ediciones posteriores (12). Esta obra permanecerá, sea lo que quiera, como un hermoso monumento histórico, y no se despreciará mientras no haya otra mejor.

(12) Un académico de la Crusca confiesa él mismo que el defecto principal de aquel diccionario es sujetarse á la autoridad de autores antiguos, en lugar de dar la actual lengua. «El vocabulario de la Crusca tiene esto de particular en relacion con los de Francia, Inglaterra y España, que al paso que estos son un guia seguro para sus respectivos idiomas, el nuestro nos induce precisamente en error de diez veces ocho, y esto porque no tenemos aun bastante ánimo para aprobar como bueno, como hacen los demás pueblos, lo que se habla en el lenguaje comun, y no otra cosa.» MAGALOTTI.

CAPÍTULO X

LITERATURA ITALIANA.

Las buenas obras son más útiles á las lenguas que los preceptos y las academias; ahora bien, Italia produjo algunas tan notables, que no sólo aseguraban el triunfo de la lengua vulgar sobre el latin, sino que sirvieron tambien de modelo á la literatura extranjera, tanto como las obras clásicas de la antigüedad.

Bembo.— La prosa se regularizó cuando cesó de abandonarse al acaso y á la inspiracion, y los mejores escritores renunciaron á la afectacion de los giros latinos. Se pretende que es de gran mérito la cancion que compuso el cardenal Bembo, hombre de vasta erudicion, eminente en las letras, y uno de los que primero conocieron la importancia de las medallas, para deplorar la muerte de su hermano, y tambien los sonetos dedicados á la memoria de la Morosini, madre de sus hijos; pero mi corazon no está de acuerdo con tal dictámen. En la historia del momento más lleno de peligros para su patria (1487-1513), se muestra narrador superficial: extraño á los negocios del Estado, no pudo animar la relacion con el interés de la verdad: si á veces escribe bien, nunca penetra en las causas ocultas; de suerte, que una gaceta no podia ser más frívola. Escribió en latin y en italiano: le colocamos en este lugar más bien que entre los historiadores, porque su mérito consiste, sobre todo, en una elegancia acompasada y en su método de vestir con espresiones antiguas las ideas nuevas. Puede colocarse en la misma clase sus *Asolani*, coleccion de pasatiempos que se verifican en la casa de recreo de la reina de Chipre, y cuya conclusion es animar á los jóvenes al amor.

J. della Casa, 1503-61.— El estilo de monseñor Juan della Casa es de los más cuidados y tal como conviene para dar preceptos de buena ocasion; pero como obra moral, no podemos hacer gran caso de su *Galateo*, obra más amable que

pura, en la que confunde la cortesania con la moralidad, y no concede ninguna importancia más que á los actos exteriores, cuyo precio pertenece enteramente al impulso del corazon. Una gran parte del libro está consagrada á enseñar el arte de referir acontecimientos y novelas á la compañía, lo que era entonces el colmo de las bellas maneras. El libro de los *Oficios* enseña á alcanzar el favor de los grandes para adquirir honor y fortuna. A falta de dulzura en su poesia, se alaba en ella la nobleza de las ideas y la vivacidad de las imágenes. El papa le encargó hiciese el proceso del obispo apóstata Vergerio, que se habia pasado á los protestantes, y fué blanco por su parte de ataques llenos de furor, á que daban motivo ciertas poesias líbricas que habia compuesto, y que le impidieron «cambiar el capelo verde por el rojo.»

Sus arengas son consideradas como tipos de elevada elocuencia; ¿pero cómo esperar que persuada, cuando se espresa como lo hace? Añádase á esto la movilidad de opiniones, llevada hasta tal punto, que en uno de aquellos discursos prodiga alabanzas á Carlos Quinto después de haberle representado en los dos anteriores como el azote de Italia y la ruina de toda libertad (1). En este último llega

(1) «No podria afirmar, príncipe serenísimo, cuáles son más numerosos, si los que no reconocen el poder y la avaricia del emperador, ó los que conociéndola y reputándola grande y espantosa, se aturden como niños pequeños que se despiertan en la oscuridad de la noche, ó sobrecogidos de terror, se callan por exceso de temor sin pedir socorro, como si el emperador estuviese pronto á devorarlos y á anonadarlos, desde el momento en que dijese una palabra ó hiciesen un movimiento, y en el caso contrario, considerarlos y respetarlos.»

«¿Qué significan tantas vigiliias, gastos, trabajos y esfuerzos por parte del emperador? ¿Cuál es el objeto ó el tér-